

Augusto d'Halmar

Andemos para no llegar



A conocido alguien a Sem Safir? A ciertos hombres habría que tratarlos con confianza. Y precisamente son tan retraídos, tan reservados que se hace difícil penetrar su intimidad.

El mismo me contó en una ocasión su historia. Y el relato, tan particular, me pareció común, sin embargo, a muchos hombres como él.

Hijo de un ceramista español, primero contratado por el gobierno de Buenos Aires y luego venido hasta Chile en unas breves vacaciones, que duraron toda la vida, un viaje de placer, que resultó mortal, Sem se había identificado con su padre, como si la madre, chilena, no contara para él. De hecho no fué sino el escollo contra el cual un expatriado vino a estrellarse, para no ver más su patria. Y si regresar es tan terrible como partir, aun lo es más una ida sin vuelta.

¿Por qué se quedó tan fuera de todo lo suyo, ese hombre tan de otra parte, cuyos cuarenta años no admitían ya la posibilidad de una reaclamatación? Hay

que creer en las antítesis y en que algunos buscan, sin darse cuenta, lo opuesto a su temperamento y una vez que lo hallan, ya no sabrían desasirse. Acaso, también, perseguimos por el mundo lo contrario a la felicidad.

El hecho de que Eliseo Safir, maestro ceramista toledano, dueño en Toledo, por herencia de padres a hijos, de ese Taller del Moro, incluido en todas las guías como una reliquia viviente del mil trescientos, se creó en Chile una nueva familia y se estableció en su capital durante unos veinte años, hasta que, sin advertirlo, empezó a desmejorar y a desconocer a los más allegados, a confundirles y, como si toda esa existencia suya actual hubiese sido inexistente, reencarnó su personalidad anterior. El pobre se había vuelto loco.

Su locura consistía en eso: en abolir como una ficción cuanto había venido a superponerse y suplantar su realidad de siempre y en reintegrarse imaginariamente al pasado. Santiago de Nueva Extremadura, era, desde luego, Toledo. La antigua calle Mesías, donde habitaban, cerca de la Vera Cruz, era la llamada del Taller del Moro, donde creció y vivió, entre la sinagoga de Santa María la Blanca y Santo Tomé del Grieco, en plena Judería. Sólo entonces supo Sem, su hijo chileno, que su padre era hebreo y casado en España con otra mujer que su madre.

La demencia parecía plácida, pues no se trataba sino de una substitución de lugar y época. Cuando lo confinaron, fué más bien por egoísmo y aun en el momento de abandonar su casa para ir al manicomio, se

despidió de Ana, su compañera, llamándola Sulamita, como seguramente se llamaba la legítima y si nombró a su hijo Sem, fué porque el nombre del que abandonó en España debía de ser ése y en él había reincidido por un comienzo ya de obsesión. En cambio no reconoció a su hija, porque tal vez no la había tenido en su matrimonio. Así también supo Sem que esa hermana y él eran hijos adulterinos.

Al poco tiempo el padre acabó de irse, que no otra cosa es morir. Sem no tardó en casarse y establecerse según las conveniencias, y tuvo a su vez un hijo que llevó su nombre.

Pero se había iniciado el chileno en el oficio maravilloso de la cerámica y se sentía como desterrado en su tierra y en su casa. La madre le resultaba extraña, su hermana, ingrata, su mujer, indiferente. En cambio soñaba conocer el Toledo de sus mayores, el Taller del Moro, la familia abandonada por el prófugo y que debía de subsistir aún. Pues en Toledo, en España, ninguna tradición se interrumpe.

Y habiendo realizado sus economías, cuando su chico, tan suyo como fué él de su padre, cumplió siete años y él veintisiete, se embarcó con él en viaje de estudio, según su pretexto, para perfeccionarse en el Viejo Mundo en las artes del fuego, y no tardaron en entrar, de la mano, en la Ciudad Imperial, que Eliseo Safir abandonara treinta años antes.

Le parecía haberla conocido siempre y de hecho se orientaba en su dédalo. Dejó al niño en un parador y

supo dar, sin grandes rodeos, con el obrador de cerámica. Con una emoción como hubiese podido sentirla el propio Eliseo, si hubiese vuelto en persona, vió por el portón abierto de par en par el patio, donde ardían los hornos. Un letrero gótico decía *S e m S a f i r*, el nombre de su hermano mayor y su propio nombre. Y con el supuesto de *Damián Barral*, se le presentó, pues lo había reconocido sin dificultad entre sus operarios, por el parecido con su padre, le pidió trabajo y logró contratarse.

Poco a poco, fué ganando su confianza y luego su estima y su cordialidad. Aquel buen obrero de menos de treinta años, con un niño de siete, al cual dejaba en la escuela, mientras él estaba en su trabajo, y pasaba a recogerlo cuando salía, para andurriar juntos por la ciudad y sus afueras, parecía un viudo reciente con su tierno huérfano y ambos inspiraban interés y simpatía. Eran cumplidores y discretos y parecían hallarse a sus anchas el uno con el otro, en esa monotonía jalouada por las salidas y las puestas de sol, cuyo reflejo se ha desangrado en las aguas del Tajo. Acodados en el Puente de Alcántara, que va a la estación por donde vinieron, o en el de San Martín, que sale a los cigarales, noche a noche, se entremezclaban a la vida tutelar de la más vieja de las ciudades. Y, día por día, sus campanas parecían bautizarles y adoptarles, tejerles un capullo de alma nueva o renovada, templarles, del frío al fuego un nuevo carácter, hasta no distinguírseles ya de cuantos artífices, forjadores o espaderos, jorna-

leros, menestrales, chalanes, muleros, trajinantes y pardillos constituían su población.

El hogar del primogénito Sem Safir, se abrió para ellos y también los acogió. Había Sulamita, la madre, cuyo nombre pronunciara el padre en sus extravíos de memoria, sus postreros desvaríos. Y había la hija del hijo viudo, una mocita de diecisiete años, verdadera Rosa, como se llamaba, Rosa del Azafrán y Rosa de Jericó, como hubiera debido llamarse.

Damián Barral y su niño se sentían bien en aquel ambiente familiar. A veces ellos divagaban sobre Chile, sin precisar nada para no ser identificados; otras eran Sulamita y Sem los que discurrían acerca de esas Américas, donde fué el padre y de donde nunca regresó. Y hacían conjeturas sobre su paradero y temían hubiese perecido o sucumbido, pues, a partir de una carta suya anunciándoles la vuelta, ninguna más les llegó y cuando interesaron a los cónsules en sus pesquisas, ninguno supo esclarecerlas. Un misterio penoso flotaba sobre semejante desaparición; mas los años habían venido atenuándolo y ahora no se hablaba del ausente, sino con enternecimiento, sin sombra de reproche, como de alguien muy esperado, que podía volver aún...

Se conservaban hasta sus menores prendas, sus retratos, su pipa de fumador, su mandil de trabajo, sus herramientas, todo. Y no hacía mucho que, por prescripción, habían logrado entrar en posesión efectiva del modesto patrimonio: el taller, los modelos de cerámica

hechos por él y por toda una dinastía de maestros ceramistas y la clientela inveterada, es decir, cuanto no había salido del dominio de los Safir, en siglos de siglos, y que continuaban y se continuaba. Porque la vida es la vida.

Al oficial ceramista Damián Barral, le parecía no haber sido nunca de otra parte y diríase que recuperaba el acento regional. Su chico, sobre todo, había asimilado hasta los modismos y él era lo único que podía vincularle a esa «otra parte» cada vez más incierta. Los domingos se iban a la gran misa de la Catedral. Un concurso ancestral de sombras parecía poblar sus ámbitos. Eran todos los Safir, que habían pasado por ellos en tantos siglos, desde el primer converso, seguramente por los tiempos, cuando los cristianos cerraron las sinagogas, durante la expulsión de los judíos y cuyas labores se exhibían en esos sillares y altares, como en todos los monumentos de la monumental ciudad. La Catedral Primada, les placía, al hombre y al niño foráneos, con su aérea frescura y luego estaban seguros de percibir, en el mismo banco lustroso por el roce de generaciones de generaciones, las figuras como de talla de Sulamita, su hijo y su nieta.

Rosa del Azafrán, Rosa de Jericó, tornaba hacia ellos sus ojos únicos, porque iguales no los hay en otras judías que las toledanas; y les sonreía como la de Nazareth. Y Damián pensaba cosas vagas; En lo que habrían podido ser él y su hijo, si hubieran nacido en la casa solariega y no hubiesen traspuesto los Montes

de Toledo, y en lo que habían llegado a ser uno y otro a fuerza de un instinto tan secreto como certero. Le parecía hallarse allí ambos, por virtud de un voto y para enmendar un yerro. El y su niño, rectificaban, por un acto de voluntad, lo que involuntariamente había torcido Eliseo Safir, a costa de su razón. Volvían a su cauce, la corriente desviaba el Destino.

Así se pasó un año largo. También de «allá» debían de hacer vanas tentativas por saber de ellos. Damián se hubiera eternizado, sin embargo, en su modalidad eternizada y su patria chica de adopción. No experimentaba ni nostalgias, ni remordimientos. Así como así, todo lo extrañablemente suyo venía a ser su hijo, y lo tenía consigo.

Pero surgió otra vez lo que nadie quisiera suscitar, pero que vuelve contra nosotros nuestras mejores intenciones. Para Eliseo Safir, ido a la América del Sur, por unos meses, había tomado la forma de una criolla chilena; para este Damián Barral, venido a España por tiempo indefinido, adoptaba las apariencias hechiceras de Rosa del Azafrán, su sobrina.

En la cocina donde se pasaban las veladas, bajo el basar donde aquél que no volvió había puesto provisionalmente su pipa hasta el día siguiente, Damián solía adormecerse en su bienestar. En la posada había dejado dormido al niño; pero le placía platicar con los suyos, tan agenos a reconocerle. Devanaba en sus pensamientos el hilo de su pensamiento más recóndito.

y el silencio parecía confirmarle sus intuiciones, sus presentimientos y sus temores.

Así adivinó una noche tras otra, que algo como una atmósfera muy sutil y luego densa, capciosamente apri-ionábale entre sus mallas. Sentía pesar sobre él interrogaciones y palabras sin voz y también una mirada casi interua en fuerza de ser intensa, cobijándole entero el corazón. Comprendió que su suerte iba a pronunciarse y hubiese querido despistarla y diferirla, prolongar ese compás de espera un tanto sonámbulo. No despertarse a la evidencia que los monótonos días, al parecer vacíos, vienen preparando unos tras otros insensiblemente y que se hace ineludible en un segundo del tiempo. En un segundo se nace. En un segundo se muere.

Y uno, vemos nacer ese condenado de antemano a morir que se llama el amor. Y no se sabe cuando. Porque si así no fuera, todo nuestro albedrío haría por esquivar su mortal sortilegio, por burlar la ley, por substraerse a la fatalidad. Se cree jugar y se paga casi siempre con la paz, siempre con la vida.

Sólo que esta vez Damián Barral, era un advertido. La experiencia de su padre le dolía como en cicatriz propia. Y cuando precisamente parecía que las cosas se concitaban como él lo habría deseado; cuando se le reveló la pasión de Rosa del Azafrán por él, cuando el forastero tuvo la posibilidad de normalizar esa existencia interina, de connaturalizarse indefinidamente con cuanto había buscado por atracción, como se

encontró a sí mismo el Greco venido de Creta, en ese mismo Toledo; cuando pudo volver a sus orígenes, al seno de su familia y a ese Taller del Moro, donde él y su hijo hubiesen substituído la deserción del padre y hubieran continuado la tarea y obra de todos los de su raza, comprendió la osadía de su tentativa: rehacerse una individualidad y una nacionalidad; enmendarle la plana a su predestinación; desarraigar y arraigar de nuevo a su vástago. Y avanzó y retrocedió. Estaba entre dos imanes.

¿Qué obscuro instinto, qué mandato determinado y terminante, también del padre, se sobrepuso a todas sus indecisiones, para así hacerlo ponerse en pie esa misma noche, en ese mismo minuto, y recoger el bastón de caminante que había dejado inerte? Los muertos disponen confusa y perentoriamente de los vivos. Abarcó el recinto, con ojos que no lo verían más. Y a esos pedazos de su carne, sangre de su sangre y revelación de su conciencia, a la que debió haber sido su madre, a la que pudo ser la madre ideal de su hijo huérfano, la esposa elegida entre mil, al que era su hermano y el jefe de la familia, les tendió la mano, como todas las noches, pero sabiendo que sería por última vez y que aquí las palabras «buenas noches», significaban ¡buena muerte! y la palabra «adiós», quería decir ¡hasta Dios! Si Eliseo, cuando se despidió de ellos, hubiera comprendido, 'otro tanto,' se habría quedado sin partir.

De mañana, a la hora que tantas otras iban de camino hacia la escuela y el taller, el hombre y el niño lo desanduvieron hasta la estación. Toledo, ceñido por el Tajo, quedaba arriba, como algo inaccesible. Con la refracción de todos esos crepúsculos en las vaporosidades del río, ellos iban a dejarlo atrás, como un sueño. Y en la patria distante, pero que era la nativa, en el hogar frío y extraño, pero que era el suyo, los aguardaba, al hombre y al niño, el rostro materno, y a los dos se les esperaba también el enigma sin rostro de su atavismo. ¡De allá para acá, como el Judío Errante, de acá para allá, así andarían los nómadas, para no llegar nunca a ninguna parte!